

JAVI ARAGUZ

EL MUNDO DE
KOMORI

②

EL PRÍNCIPE DE LOS GATOS

El mundo de Komori: El príncipe de los Gatos.
© texto e ilustraciones, Javi Araguz, 2008

javiaraguz@evostudio.com
<http://www.JaviAraguz.com>

*Nadie dice que el camino sea fácil,
nadie te pide que lo recorras solo.*

Siente miedo, odio y furia.

*Pero recuerda que únicamente los corazones
fuertes llegan a su destino. 'Y todos ellos han
sentido miedo alguna vez.*

DIARIO

Seis meses después

Querido diario,

Ya ha pasado más de medio año del rescate de Edile, de la muerte y resurrección de Sebasthian, del sacrificio de Vileo y de la reaparición de mi abuela, pero, ¿por qué aún no he avanzado nada?

En estos últimos seis meses he investigado a la Resistencia Áspera y a los hombres-gato, pero todos los caminos me han llevado hacia callejones sin salida. Sin duda, la información que busco no está en los libros.

Estoy leyendo día y noche antiquísimos volúmenes de la biblioteca, preguntando a Birton, el leyendador de Siloria, escribiendo a Mâus, el mago de la tortuga... y aún no he sacado nada en claro. No dejo de preguntarme, una y otra vez, qué sentido tiene todo esto.

A veces, tengo ganas de tirar la toalla y dejar que otro siga mi camino, siento que me estoy perdiendo cosas buenas, que todo este embrollo está llevándose lentamente parte de mi vida. Recuerdo que, cuando besé a Sebasthian bajo la lluvia, creí que a partir de ese momento nada podría salir mal, que todo estaba bien como estaba, que era capaz de enfrentarme a cualquier obstáculo siempre y cuándo él estuviera a mi lado... pero, entonces, ¿por qué le he ido apartado poco a poco de mí?

Sé que la única respuesta es el miedo. Miedo a que le maten otra vez por mi culpa, miedo a olvidar que quizá tengo una misión mucho más importante que mi propio bienestar.

Hoy es una de esas noches de verano en las que desearía que todo se derrumbara y volviera a empezar. Como

cuando tienes un castillo de arena y decides tirarlo abajo para construir otro mejor.

No puedo quitarme de la cabeza el hecho de que cada vez me siento más sola y confundida. Tengo buenos amigos, una familia y ambiciones, pero nada de eso me tranquiliza, muy al contrario, me inquieta el pensar que por mi culpa pueden hacerles daño, que echo a perder todo lo que toco y que muere todo lo que amo.

Vileo sacrificó su vida para devolver a Sebasthian a este mundo, sabía lo mucho que me importaba y que no podría hacerlo sin él. Siento que le debo algo al hombre-pájaro que me enseñó a luchar por lo que de veras importa, que me mostró el camino a seguir y creyó en mí hasta el final, pero, cuando le recuerdo, a él y a todos mis amigos, pienso en por qué aún me siento débil. ¿Por qué cada vez estoy más llena de preguntas y me es más difícil encontrar respuestas?

Además, aún no sé qué pasó con Edile, si verdaderamente mató a su madre y, si así fue, por qu



PRIMERA PARTE



Destinos

TEMBLORES

EL ROBLE empezó a temblar como jamás lo había hecho. Las paredes crujían desesperadas, del techo caía la tierra que se filtraba entre las grietas. Su hogar se estaba descomponiendo y Komori no lograba entenderlo, ¿era un terremoto?

La niña se puso a buen resguardo ocultándose bajo su escritorio. Desde allí, observó como las pilas de libros viejos se derrumbaban para sembrar el suelo de un caos de papel y polvo. Índigo no dejaba de maullar, el pobre gato había quedado atrapado bajo uno de los volúmenes más aburridos del laboratorio de la bruja.

El temblor no cesaba, la tierra que caía lo estaba dejando todo perdido y las columnas se combaban por el peso. De pronto, el ventanal que iluminaba el escritorio de Komori estalló en mil pedazos dejando entrar una gran ventisca nocturna. El aire apagó algunas velas y tiró una de las lámparas de aceite sobre un montón de pergaminos. La niña observaba al gato atrapado entre los libros, la lámpara incendiando algunos de sus escritos más preciados, los cristales del ventanal esparcidos por el suelo, la tierra filtrándose por las paredes, el aire creando un pequeño torbellino en el interior de su casa a la vez que todo

temblaba y crujía. Komori estaba nerviosa, sus manos también empezaron a temblar.

Por fin, la niña no aguantó más, salió de debajo del escritorio y corrió al rescate de su gato azul. Cuando lo tuvo a buen resguardo, bajo su pecho, corrió hacia el pergamino que se había prendido y no supo cómo apagarlo sin quemarse. Entonces cogió un puñado de tierra y lo lanzó sobre él, la llama se apagó durante un instante, pero no tardó en revivir. Entonces miró a Índigo y dijo: «Vamos, no te dolerá».

Komori lanzó al gato sobre el pergamino y el animal empezó a moverse histérico sobre él, movió sus patas de forma veloz, casi como si estuviera bailando un extraño baile primitivo. El gato era ignífugo, así que el contacto con el fuego no le causaba dolor alguno. El pergamino se apagó y el animal sólo se chamuscó algunos de los pelillos del trasero y la cola.

Todo pareció dejar de temblar. Komori se confió y se puso en pie, se dispuso a arreglar la ventana con un buen golpe de dedo, pero el *kenna* no surtió efecto, así que tapó la entrada de aire con un tablero de ajedrez.

Antes de que la niña pudiera acabar de asegurar la ventana, se escuchó un gran estruendo y todo tembló de nuevo. Pero esta vez no era el árbol lo que crujía... sino todo Siloria.

Sobre un cielo tachonado con mil estrellas y regido por la luna más grande y brillante que uno pudiera imaginar, el castillo de Këvlar, donde hacía apenas unos meses Komori y sus amigos se habían enfrentado a un rey vampiro para salvar a su hija, caía al vacío. Como si de una tétrica escultura se tratase, el castillo tenía forma humana, así que

ver su silueta descompuesta cayendo por el barranco era mucho más impactante que el desprendimiento de un gran montón de piedras.

El castillo parecía gritar de terror, como pidiendo auxilio en una noche de lo más agitada. Poco a poco, sus brazos rotos impactaron contra el suelo, después lo hicieron el laberinto en forma de ballena, la sala de juegos, la escalera en forma de cobra, la gran sala albergada en su corazón y finalmente la cabeza y su sala de espejos. El castillo estaba en la cima de una montaña, pero al desprenderse cayó a los pies de Siloria. Era de piedra maciza, así que el impacto se pudo sentir en toda la ciudad, incluso alcanzó algunas de las casas más cercanas al bosque.

Komori no tenía ni idea de lo ocurrido, ella había relacionado el segundo temblor con una réplica del primero y ya había desvelado el misterio: ¡Su roble estaba creciendo!

La aprendiz de bruja se fabricó un casco con la piel de media sandía vacía y le hizo otro a su gato con un limón verde. Los dos recorrían el lugar esquivando trozos de madera podrida, evitando resbalar con la tierra que aún se filtraba por las paredes y abriéndose paso entre libros y pergaminos.

El temblor remitió, pero la casa había quedado patas arriba. Algunos de los muebles estaban en equilibrio, los cuadros se habían estampado contra el suelo y todas las ventanas se habían roto. Parecía que una manada de elefantes hambrientos hubiera saqueado la casa en busca de comida.

Y alguien llamó a la puerta.

-¿Quién será a estas horas?

La niña abrió la puerta confusa.

-Hola... ¿estás bien? ¡Cuando vi caer el castillo me preocupe por ti! –Dijo Sebastian nervioso-. ¿No-has-tenido-nada-que-ver-con-eso-verdad? Ya sabes... aunque, claro, como ibas a tener qu...

Por un momento, Komori perdió la noción del tiempo y el espacio. Hacía semanas que no veía al chico con cabeza de calabaza.

-¡TRANQUILO! ¿Qué ocurre? ¿Qué castillo? ¿De qué me estás hablando? –Le interrumpió la bruja.

-Del temblor, del terremoto... Oye, ¡tu casa está hecha un asco!

-Hummm... no cambies de tema.

-Sí, pero podrías ser algo más ordenada, ¿no crees?

-Sebastian –dijo la niña mientras le agarraba de los hombros-. ¡Céntrate! ¿Qué castillo?

-El castillo de Këvlar... ¡Se ha derrumbado! ¿Es que no lo has visto caer? ¿No has notado el terremoto?

-Claro que sí, ¿por qué crees que todo esto está patas arriba? –Respondió la niña.

-Yo, creí que...

-Un momento –dijo la bruja-. No entiendo, ¿el castillo ha caído? ¿Por qué? ¡Era muy robusto!

-Eso pensé yo.

-¿Y mi roble? Esto no está así porque el castillo se haya derrumbado sobre Siloria. ¡Mi roble ha crecido!

-¿En serio? ¡Genial! ¡Espero que haya una habitación nueva para mí! Jejeje –bromeó Sebastian.

El chico-calabaza entró en el roble de la bruja como un explorador que acaba de acceder a una gruta secreta por primera vez, pero ni siquiera pudo reconocer la habitación en la que se encontraba.

-Creo que será mejor que lo dejemos para mañana... -dijo

la bruja.

-Sí, vayamos al pueblo.

La niña salió de su roble y comprobó el buzón. El guero que vivía en su interior, aún estaba temblando de miedo.

-Tranquilo Benzo, ya ha pasado todo –dijo la bruja, mientras lo recogía.

Instantes después, lo hicieron grande con una pepita de melón encantado y montaron sobre el roedor para ir a Siloria en busca de respuestas.

Grimo, el niño con extremidades de quita y pon, vivía al pie de la montaña, en una ciénaga llena de sapos y vegetación. El castillo había caído en el bosque cercano a su casa, pero por suerte no le había aplastado.

El niño-desarticulable aún no sabía qué había ocurrido, no estaba seguro de si se había desprendido una parte de la montaña o si, efectivamente, había sido un terremoto, pero por alguna razón supo que tenía que salir en mitad de la noche e introducirse en el bosque.

Antes de salir despertó a su castañojo, desde que decidiera adoptar al extraño ojo con púas, se habían hecho buenos amigos. Grimo se introdujo en el bosque con decisión, lo conocía de sobras, pasaba cada día por allí. Sabía dónde podía pisar y dónde no, podría haber entrado con los ojos cerrados y aún así esquivar todos los nidos de serpientes y paneles de abejas.

El chico-desarticulable percibió a lo lejos algunos árboles con las ramas rotas. A medida que se adentraba en el bosque tropezaba con lo que parecían animales esculpidos en piedra, algunos verdaderamente grotescos, otros simplemente bellos y perfectos. Muchos no tenían cabeza, o se habían hecho añicos al estallar contra el suelo. Y entonces empezó a

sospechar que aquello no había sido un terremoto.

Komori y Sebastian llegaron a la calle principal de Siloria, la gente había empezado a salir de sus casas. No todo el mundo se había dado cuenta de lo sucedido, pero cuando oyes un fuerte estruendo y al asomarte por la ventana ves a todos tus vecinos en la calle, la curiosidad puede más que el sueño.

La niña trató de abrirse paso entre el gentío. Había sustituido el casco de sandía por su característico sombrero, pero Índigo había decidido seguir con el casco de limón puesto, por si acaso. El gato estaba empezando a temerse lo peor.

Sebastian encontró a Yeya frente a su tienda de esencias, sollozando en mitad de la calle y aún en pijama.

-¡Mis esencias! ¡Mis queridas esencias!

El chico-calabaza se acercó a la anciana y trató de consolarla.

-¿Qué ocurre Yeya?

-El temblor ha hecho caer la torreta del viejo Lummer sobre mi tienda. ¡Creo que he perdido todas mis fragancias!

-No te preocupes, seguro que están intactas.

-¡NO! ¿Es que no lo hueles?

-¿El qué?

-¡La lavanda!, ¡el olor a ajeno, tomillo y mandarina! Están por todas partes... mi nariz está entrenada para ello. Mis fragancias... -siguió sollozando la anciana.

Sebastian no supo cómo consolarla y la dejó en compañía de su buena amiga, la tejedora.

La calle principal de Siloria parecía estar celebrando el Día de los mercantes, pero sin tenderetes ni compradores de otros pueblos. Las luciérnagas se esforzaban por brillar en el

interior de las farolas, los aromas de la tienda de Yeya se esparcían entre el gentío, a veces impregnándolo del olor dulce de la vainilla y a menudo posando el desagradable hedor del pescado podrido sobre las narices silorienses.

Komori encontró a su amigo el niño-zorro.

-¡Zigo! Te estábamos buscando, ¿sabes algo?

-Sólo que el castillo ha caído por el acantilado. ¡Espero que Grimo esté bien! Su casa está en el bosque. -Dijo el zorro, claramente preocupado.

-No perdamos más tiempo, vayamos a ver. Aquí la gente está nerviosa, nadie sabe qué ha ocurrido.

Grimo había llegado a un lugar donde los árboles habían sido aplastados por una pared de piedra lisa. El niño-desarticulable no encontraba un solo resquicio por donde colarse, ni siquiera para curiosear qué había al otro lado, así que hizo uso de su alocada imaginación y se sacó un brazo. Sostuvo el brazo todo lo alto que pudo y orientó el castañojo que había asegurado en la mano como espía.

-¿Qué ves Castañojo?

El castañojo parecía exaltado, algo ocurría al otro lado de ese muro. Castañojo abrió su único ojo todo lo que pudo y su pupila se contrajo albergando todo el miedo que un ojo con púas podía albergar.

Grimo recuperó su brazo y le pidió a su mascota que le mostrara aquello que había visto al otro lado. El castañojo parpadeó varias veces antes de cerrarse por completo, convirtiéndose en una esfera con púas perfecta. Grimo se mostró confuso. Un instante después, Castañojo se abrió de nuevo, su pupila parecía haber entrado en trance. Mostró su ojo redondo lo más grande que pudo y proyectó la aterradora imagen del castillo vampiro hecho añicos entre

los árboles.

La figura humana esculpida en piedra había quedado descompuesta, pero aún podía reconocerse la mayor parte de su anatomía. Los tétricos animales que poblaban su espalda y torso ahora estaban a ras de suelo, revelando, por contraste con los árboles, lo inmensos que eran. La escalera en forma de cobra se escondía entre las sombras, el ala de murciélago que le salía de su garganta se había clavado en el suelo y parecía enterrar a un monstruo mucho mayor.

De pronto, Castaño se apagó. Empezó a temblar y miró a Grimo con temor.

-No pasa nada, no te preocupes –trató de calmarle.

El niño-desarticulable salió corriendo rumbo al pueblo, temió por sus amigos y no podía quitarse de la cabeza la idea de que, si el castillo de Këvlar había sido destruido, quizá Edile, la princesa vampira, también estaba en peligro.

LA LLAMADA



A BRUJA, el chico-calabaza y el zorro se dieron prisa en llegar al bosque. Una vez descubrieron que la casa de Grimo estaba intacta, dejaron de preocuparse por su amigo, pero Zigo dijo que no estaría tranquilo hasta verle de una pieza.

Se introdujeron en el bosque con la intención de descubrir los restos del castillo y encontrar a Grimo curioseando entre ellos, con la misma cara de niño loco que ponía cuando tenía un juguete nuevo. Sebastian tropezó con una gárgola y sus ojos se encendieron como dos grandes faroles. Iluminó con su mirada la estatua esculpida con la forma de un feroz león alado. Sintió un escalofrío en su espinazo y rápidamente se puso en pie para alcanzar a Komori y Zigo, alumbrándoles el camino.

Llegaron al mismo lugar que Grimo, donde una pared de piedra negra les vetaba el paso y había arrancado de cuajo varios árboles.

- Ni rastro de Grimo... -dijo el zorro.
- No te preocupes, sabe cuidarse –le tranquilizó su amigo.
- Busquemos una entrada.

El niño-desarticulable empezaba a estar cansado y jadeaba

como lo haría un perro. Por fin se adentró en el claro donde vivía Edile y llamó a la puerta, como siempre.

-¡Edile! ¡Soy yo, Grimo!

Nadie le abrió. Volvió a intentarlo una vez más.

-¡Vamos Edile! ¡Abre!

La princesa vampira seguía sin abrir. Grimo pensó que tal vez estaba profundamente dormida, pero necesitaba saber que se encontraba bien. Así que siguió aporreando la puerta durante un buen rato.

-¡Despiertaaa!

Varios minutos después, Grimo asumió que Edile no quería verle, o bien que le había ocurrido algo, así que no dudó un instante más en colarse en la caseta. Cogió una pesada roca entre sus manos y la lanzó contra una ventana. Una vez roto el cristal, descubrió que una de las ventanas paralelas estaba completamente abierta, así que lo había roto para nada.

Entró en la caseta y no encontró a nadie. Edile no estaba allí, aunque su cama estaba igual de revuelta que siempre, a causa de las pesadillas que le atormentaban cada noche.

Grimo se preocupó. ¿Por qué la vampira estaría fuera en una noche como esa?

Zigo fue el primero en encontrar una abertura y, ya que Komori y Sebasthian estaban lejos, decidió entrar sin avisarles.

El zorro paseó entre las ruinas del castillo, reconoció algunas de sus formas e incluso atravesó el recibidor, que daba la bienvenida tras los grandes portones. La sala ahora estaba del revés, las escaleras se encontraban arriba y los candelabros, que antes colgaban en el techo, ahora yacían en el suelo.

Zigo caminó sobre los murales de batallas pasadas que antes decoraban la bóveda. Hasta ese momento había estado preocupado, no sabía dónde estaba su mejor amigo, no entendía por qué había caído el castillo, ni sabía qué ocurriría después, pero, al estar allí, observando la sala donde una vez les tuvieron apresados... no pudo evitar sentir miedo.

Decidió dar la vuelta, pero entonces sintió una presencia más allá del pasillo inclinado.

Zigo recorrió algunos pasos antes de pisar la sombra larga de una chica encapuchada. Se dio un buen susto, pero antes de gritar supo contenerse y se ocultó tras uno de los muebles.

-¡Edile! –Murmuró.

Los ojos del zorro se abrieron como platos, la princesa vampira se paseaba por el interior del castillo como lo haría un fantasma. Sus ojos se ocultaban bajo la sombra de su capucha, sus lánguidas manos se balanceaban con lentitud de un lado a otro. No le cabía duda, era Edile, tenía su misma silueta, su mismo andar cansado.

Zigo pensó en hablarle, en preguntarle qué hacía ella ahí, pero el miedo volvió a corroerle por dentro y, aunque era su amiga, aunque la vampira se había convertido en un ser querido en todo el pueblo, él sospechaba que aquello no era del todo normal.

Edile avanzaba con su andar etéreo sin rendir cuentas a las botellas de sangre y vino que habían estallado en el suelo. Una de las botellas goteaba sobre la mano de la vampira desde la única estantería que había quedado en pie. Edile observó la gota de color rojo resbalar entre sus dedos y después la lamió con curiosidad y cierto placer. Aquella no era la Edile que conocían, ella nunca haría eso, prometió no

volver a beber sangre nunca más. El zorro pensó que lo mejor era desaparecer de allí tan rápido como pudiera, así que se encaramó por un saliente con intención de alcanzar una de las ventanas, cuando, de repente, su pie resbaló con algo esférico que le hizo perder el equilibrio y caer de culo sobre unos escombros. Asustado, se incorporó rápidamente, convencido de que la vampira le había visto, pero suspiró aliviado al observar que Edile avanzaba ensimismada hacia el interior de una de las salas. El zorro se desempolvó los pantalones y se agachó para ver con qué había resbalado, era una pequeña esfera de cristal con una imagen en el interior que el polvo y la oscuridad no le dejaron distinguir, así que se la guardó en el bolsillo y salió sigilosamente.

Edile se había despertado al escuchar el gran estruendo, como los demás. Al mirar por la ventana, no pudo evitar dar un grito de terror al observar que su antiguo hogar ya no estaba donde debía estar.

De pronto, la vampira sintió unas ganas irremediables de ir al encuentro de lo que quedaba del castillo.

Conocía todas las puertas, ventanas y entradas secretas, así que no le fue difícil acceder al lugar. Además, de alguna forma se sentía guiada, como si no fuera ella la que decidía cuáles serían sus próximos pasos. Era una noche extraña y aún se sentía inmersa en una de sus pesadillas.

La vampira atravesó la sala de juegos, ahora completamente destrozada y llena de telarañas, después salió de nuevo al exterior y comprobó la magnitud de lo sucedido. Descubrió algunos de los terroríficos animales que adornaban la figura humana que era el castillo y, finalmente, encontró el gran ventanal en forma de corazón que había en el comedor.

Estaba hecho de metal y cristal. Sorprendentemente, el travesañó aguantó entero, protegiendo a tres de las cuatro lunas de vidrio. Edile se acercó sin miedo a cortarse.

Pasó la mano por el cristal, quitándole el polvo y tratando de introducir su mirada en la oscuridad. Allí sólo había un caos de muebles destrozados, polvo y sombras... pero a lo lejos percibió un extraño destello. Como si una diminuta luz insistiera en brillar en la más profunda oscuridad. Como si un reflejo tratara de llamar su atención.

Edile accedió al lugar con relativa facilidad y descubrió que el brillo provenía de la sala de espejos, que se habían quebrado hacía tiempo, cuando Komori los hizo estallar antes de rescatarla. Además, con el tiempo se habían cubierto de polvo y telarañas, y casi habían perdido la propiedad de reflejar. ¿Qué era entonces ese brillo?

La princesa vampira descubrió bajo los escombros la empuñadura de la espada eléctrica de su padre. Brillaba de forma extraña, se conservaba bruñida y sin mácula, como si el polvo tuviera prohibido acercársele y el paso del tiempo no se atreviera a descansar sobre ella.

Edile tuvo miedo, aquel arma había pertenecido a su malvado padre, el mismo que la acusó de matar a su madre, que la encerró en una mazmorra obligándola a lamer la humedad de las paredes para sobrevivir. Aquél arma había herido la espalda de su mejor amiga e incluso asesinado en una ocasión a Sebastian. ¿Por qué atender a su llamada entonces?

Por alguna extraña razón, Edile tendió su mano y empuñó la espada sin hoja. Era ridículo, el arma ya no tenía nada con lo que luchar, se había convertido en un trozo de metal bonito, pero ya no poseía la hoja de aleación especial con el poder de capturar la energía de los rayos.

De pronto, un brillo cegador inundó la sala de espejos. Edile supo al instante que no era el sol, ya que, si así fuera, ella habría quedado reducida a un puñado de cenizas. Aquel resplandor era un fuerte rayo que la habría electrocutado si no hubiera sido por la empuñadura de la espada, que lo había absorbido por completo. De hecho, estaba segura que el arma lo había provocado.

Edile empezó a sudar y jadear. Sus manos temblaban, ya no quería sostenerla. Dejó caer la espada al suelo, pero esta giró sobre sí misma, formando una especie de violento torbellino que no se detuvo hasta que una nueva hoja empezó a crecer de su empuñadura.

La vampira no daba crédito a lo sucedido. De alguna forma, la espada la había llamado, ella había empuñado sus restos y provocado que un rayo eléctrico la golpeará. El arma se había alimentado con su energía para poder crecer de nuevo. Su hoja ahora parecía mucho más afilada y amenazante, y en su peligroso filo se mostraban varias palabras grabadas en el idioma de los vampiros: «legado de familia».

El zorro salió del castillo para buscar a Komori y Sebasthian, necesitaba contarle a alguien lo sucedido. No consiguió encontrar a sus amigos, pero tropezó con Grimo, que ya estaba de vuelta.

-¡Grimo! ¡Estás bien! –Celebró.

-Claro que estoy bien.

-Habías desaparecido, pensábamos que...

-¿Sabes dónde está Edile? –le interrumpió el chico-desarticulable.

-Ehhh... sí, claro, Edile. Sobre eso quería hablaros.

-¡Menos mal! ¡Estaba preocupado por ella! Acabo de

venir de su casa y no estaba allí, me pareció muy extraño.

-Grimo... acabo de ver a Edile, en el interior del castillo en ruinas.

-¿Y qué hacía allí? ¿Qué te ha dicho?

-No le he preguntado nada. La he visto de lejos y he preferido huir.

-¿HUIR? ¿Por qué? –Se extrañó.

-¿Cómo te lo digo? Esto...

-Vamos, Zigo, ¡suéltalo!

-Bueno, me pareció que no era ella, estaba haciendo algo extraño.

-¿Cómo de extraño?

-No sé, sólo fue una sensación, ¿sabes? Como un escalofrío. Iba encapuchada, se movía muy lentamente y estaba... estaba en...

-¿Dónde?

-En la sala de espejos –dijo finalmente-. Ya sabes, donde pasó lo de Sebasthian y todo eso.

-Bueno, ella vivía en ese castillo, quizá lo estaba explorando.

-Sí, claro.

El zorro escuchó a lo lejos a Komori y rápidamente reorientó sus orejas de can.

-Vamos, ve con ellos. Yo buscaré a Edile –dijo Grimo antes de introducirse en las ruinas.

A Zigo se le encogió el corazón, había algo que no le gustaba. Sentía aprecio por Edile, pero aquella figura oscura no parecía la amiga con la que tanto se habían reído en estos últimos seis meses.

El zorro temía por su amigo, Grimo estaba claramente enamorado de la vampira y a él le parecía obvio que tenía el juicio nublado. ¿Cómo podría decirle que sospechaba de ella

sin que se enfadara? Era una situación difícil. «Tal vez sólo sean celos o imaginaciones mías», pensó.

LEGADO DE FAMILIA

HABÍA AMANECIDO entre las ruinas. Después de aquella extraña noche, parecía que el sol no iba a volver a salir jamás. Todo el pueblo se mostraba claramente alterado, habían pasado la noche en vela y el cansancio empezaba a hacer mella.

Los cuatro amigos no se sentían especialmente aliviados con la caída del castillo, muy al contrario, una sensación desasosegante les invadía por dentro. Tenían miedo, sabían que aquello no había sido un accidente.

Komori caminaba por las calles de Siloria observando las reacciones de la gente. Muchas de las casas habían sufrido desperfectos, la caída del castillo había sacudido la tierra como un pequeño terremoto y algunas de las construcciones no estaban preparadas para algo así.

El temblor había ocasionado pequeños incendios, y algunos de los árboles que decoraban las plazas del centro acabaron estampándose contra las ventanas y tejados de las casas más altas.

Yeya se había acostumbrado a entrar en su tienda a través de la torre del señor Lummer, pero aún seguía lloriqueando como una niña. La anciana vivía por y para las fragancias, ella no sólo hacía perfumes, también toda clase de

ungüentos y hechizos. Era una hirba especializada en esencias, algo que ya no se valoraba como antaño, pero que en su momento fue una de las disciplinas más respetadas.

La niña se acercó a la anciana con ánimo de consolarla y le preguntó:

-¿Estás bien Yeya?

-Todo lo bien que puedo estar pequeña. No ocurre nada si se escapa una esencia, el problema es que se mezclen entre ellas.

-No entiendo.

-Aquí tengo extractos de plantas y otras fragancias inofensivas, pero también oculto algunas de las esencias más peligrosas de este mundo. ¿Recuerdas la esencia himaya de gato?

-Claro –dijo Komori–. Luz líquida, nociva para los vampiros.

-Esa es una esencia muy valiosa, muy buscada, pero no especialmente peligrosa para nosotros. Existen otras esencias más comunes e infinitamente dañinas. ¡Tengo miedo de que se mezclen entre sí!

-Pero, ¿qué ocurre si se mezclan? ¿Tan mal olerían?

-Las esencias que aquí tengo no sólo huelen, algunas... provocan cosas. Aturden sentidos, derriten la piel, ¡te fríen el cerebro! Hay esencias tan terribles que no quiero ni imaginarme qué ocurriría si se mezclaran entre sí. Si eso sucede, tendremos que poner al pueblo en cuarentena.

-¡Glups! Vaya... ¿y no las tenías protegidas?

-Siete puertas con siete llaves. Un tabique grueso y dos cajas de metal. Estaba preparada para resistir cualquier tipo de robo, forcejeo o conjuro, ¡pero nunca imaginé que aplastarían mi tienda con una torre de piedra! –Dijo Yeya agitando los brazos.

-Parece de lo más lógico... -Razonó la bruja.

-Por eso lloro chiquilla, porque este pueblo ya tiene suficiente con su propio sufrimiento como para que una vieja loca le de más problemas. Siempre he mantenido mis esencias a raya, soy muy consciente de su poder y nunca he dejado que floten a su antojo entre la gente.

-No te preocupes Yeya, seguro que no ocurrirá nada –le animó la bruja-. ¿Hay algo que pueda hacer?

-En realidad... no mucho. Aún estoy comprobando cuales son las que se han escapado, espero no darme un susto.

-Entonces, si me necesitas aquí estoy.

-Gracias niñita, tu abuela estaría orgullosa de ti.

-Esté donde esté –murmuró Komori.

-Claro, esté donde esté...

Un olor acre revoloteó sobre la nariz de niña. Se le revolvió el estómago y decidió ir a la taberna de Tío Gon, donde había quedado en reunirse con Sebasthian, Grimo y Zigo.

El «Oso estampado» seguía en su lugar, Komori entró en la bocaza del animal y abrió la puerta de la taberna hecha de madera.

-Komori... ¡Cuánto tiempo!

-¡Birton! ¿Cuándo has vuelto? –Se alegró la bruja. Birton, el leyendador de Siloria, era un hombre-erizo por el que la niña sentía un gran afecto y sin cuyos sabios consejos le habría sido imposible descubrir Alidra y enfrentarse a los vampiros.

-Ayer, temprano.

Niime, la Dama de las Libélulas, planeaba alrededor del sombrero de la niña, aunque Komori aún no se había percatado de su presencia.

-Es una pena que os encontréis con esta situación después

de tan merecido descanso. Por cierto...

-¿Sí? –Dijo el erizo.

-¿Dónde está Niime?

Niime se había atado los pies con uno de los tirabuzones más encaracolados del cabello de la bruja, se situó al margen del ala de su sombrero, cerró los ojos dramatizando exageradamente, y se dejó caer al vacío para quedar a la altura de la nariz de Komori.

-¡Aquí estooOOOOOOOoy!

Niime rebotó tres o cuatro veces antes de frenar ante la cara de la niña, agitar fuertemente sus alas de libélula y decirle: «Te he dado un buen susto, ¿eh? Jejeje».

-Vaya, ¡sí! Jajaja. Parece que te han sentado bien las vacaciones.

-Y que lo digas. Aunque no hemos dejado de trabajar, todo hay que decirlo –añadió el hada.

El erizo se sirvió un poco más de leche en su taza y continuó.

-Hemos decidido actualizar el bestiario.

-¿El *Bestiario de las Hirbas*?

-Exacto.

-Pero... ¿cómo?

-Bueno, han pasado muchos años desde su última reescritura. Creemos que no han surgido especies nuevas, pero sí han desaparecido muchas de ellas. Quizá sea el momento de actualizar los datos –explicó Birton-. Además, Niime vivió en otra época, aún conserva recuerdos muy vívidos de algunas de las especies que nosotros tan sólo podemos imaginar.

-Es cierto, ¡creo que es una buena idea! –Exclamó la niña.

-Alguien tenía que seguir con el legado, ¿no crees?

Tío Gon entró en la taberna.

-¡Qué calor hace ahí fuera! Estoy sudando como un pollo, un minuto más en esa calle y me habría secado como un trozo de cuero.

-Hola Tío Gon.

-Hola Komori, veo que has llegado pronto, Sebastian y el resto aún no han aparecido. Creo que estaban echando una mano al bibliotecario, el temblor ha tirado parte de sus libros al suelo y ahora tiene que reorganizarlos.

-Lo sé, en mi roble me espera algo similar.

Edile había vuelto a casa antes de que la luz del amanecer la redujera a cenizas. Ella era una vampira de raza Áspera, y por lo tanto el sol le resultaba mortal, no como a los Órdagos, híbridos entre vampiros y humanos. Se mostraba claramente aturdida, no lograba entender cómo era posible que la antigua espada eléctrica de su padre hubiera vuelto a la vida después de que Komori la hiciera añicos.

De alguna forma, la princesa vampira se sintió culpable. Como si hubiera resucitado al adversario más cruel de su mejor amiga.

Edile se había tendido en la cama. Desde la distancia, observaba a la espada tímidamente, como si le infundiera miedo y respeto a partes iguales. ¿Qué significaba la inscripción de su hoja?: «Legado de familia».

Ella había sido repudiada por su padre y se la culpaba del asesinato de su madre, ¿qué clase de familia era esa? ¡Ya no tenía familia! Tanto su padre como su madre habían muerto, y el resto de parientes próximos no dejaban de ser vampiros de raza Áspera; conspiradores, paranoicos, manipuladores con ínfulas de superioridad que tan sólo ansían dominar el mundo.

Ahora, su familia eran Komori y sus amigos.

Pero la espada seguía ahí, perfectamente pulida, casi como si estuviera recién forjada. Y la vampira escuchaba una voz en su cabeza que la atormentaba, diciendo: «Acepta tu legado». Se estaba volviendo loca, así que tomó una decisión: deshacerse de la espada de su padre.

Sebastian, Zigo y Grimo ya habían llegado a la taberna de Tío Gon. Incluso el Señor Hauguen había madrugado para acompañarlos. Él nunca hacía ni decía nada, simplemente bebía y se divertía metiendo el dedo entre la espuma de su cerveza. Era un tipo raro, muy raro.

-Bueno, ¿alguien sabe por qué ha caído el castillo? –Dijo Sebastian.

-No he tenido mucho tiempo para investigar. Por lo que sé, no es el primer castillo vampiro que cae, pero necesito más tiempo –contestó el erizo.

-¿Quieres decir que esto ha sucedido antes? –Se preocupó Komori.

-No exactamente. Quiero decir que... no en Siloria, no en Alidra.

-Lo que sí es seguro es que, si ha ocurrido aquí, no está documentado. Yo viví en la época de la Segunda Gran Guerra de los Vientos y por aquél entonces ya gobernaban los Këvlar –apuntó la mujer-libélula.

-Entonces, sólo nos queda esperar, ¿no? ¿No tenemos nada más? –Inquirió Sebastian.

-Bueno, es de suponer que si ha sido un acto premeditado habrá consecuencias –dijo Birton-. Me refiero a que nadie tira abajo un castillo y ya está. Tiene que haber un motivo.

-Siempre hay un motivo –murmuró la bruja.

-Razonemos, ¿por qué haría alguien una cosa así?

-Por tradición –pensó Tío Gon.

-Ni idea –dijo Zigo.

-¿Porque es divertido? –Inquirió Grimo.

-Para construir otro mejor –trató de adivinar Sebasthian.

-Cualquiera de las respuestas es válida pero, conociendo a los Ásperos, mucho me temo que la tradición y la construcción de uno mayor son las posibilidades más probables.

-Pero, ¿cómo iban a construir otro castillo aquí? ¡Delante de nuestras narices! Eso no es algo que se haga en un día –razonó la bruja.

-Está claro que no. Creo que, de momento, no debemos preocuparnos más de lo necesario –dijo el erizo-. Komori, tú aún tienes asuntos que resolver y estaría bien que nosotros echáramos una mano al pueblo.

-No han sido muchos los desperfectos, pero tendríamos que calmar los ánimos –propuso Niime.

-Escribiré a Mâus -dijo la niña-, quizá el mago sepa algo sobre lo sucedido.

-Y recuerda que aún tienes que hacer una visita al Sauce del Adiós –añadió Birton.

-El Sauce del Adiós, ¡es cierto! Aunque... ya sabes, aún no podemos hacerlo. El Sëele-hum decía dónde encontrarlo, pero no podemos llegar hasta las islas de Vesperde sin un mapa –respondió la bruja, recordando que el erizo consiguió descifrar, por fin, el secreto de las mujeres-libélula.

-¿A Vesperde? ¿Dónde está eso? –Preguntó Sebasthian.

-¿Y si te dijera que ya sé dónde encontrar un mapa? –Dijo Birton.

-¡¿De verdad?! –Exclamó Komori.

-Me han dado el chivatazo, está mucho más cerca de lo que creíamos –dijo haciéndose el misterioso.

-Pero... ¿dónde?

-En el barco de Haund Tesapround.
-¿El pirata loco? –Se extrañó el zorro.
-No está tan loco... bueno, un poco sí –admitió el leyendador.

Edile había envuelto la hoja de la espada en una de sus capas para no cortarse por accidente. La vampira encapuchada corría por el bosque mientras la oprimía fuertemente sobre su pecho. Quería deshacerse de ella, pero aún no sabía cómo, de lo que sí estaba segura era de que no podía dejar que cayera en malas manos. La iba a enterrar en lo más profundo del bosque, o quizá la arrojase al mar. Sentía que cada segundo que pasaba con la espada le hacía sentir peor, la llenaba de un incómodo sentimiento de amor y odio. Por un lado la despreciaba, quería deshacerse de ella, destruir el arma y con ella sus recuerdos. Por otro, empezaba a desearla, era su herencia, un preciado legado de familia que costaba abandonar.

Desconocía si la espada manipulaba sus sentimientos con maestría o si en realidad era ella misma la que no tenía el coraje para enfrentarse al recuerdo de su antigua vida, pero no estaba dispuesta a que un trozo de metal jugara con ella.

Grimo volvió a visitar a Edile, llamó de nuevo a la puerta y por segunda vez no halló respuesta. Revisó las ventanas, ahora todas estaban cerradas -lo que indicaba que la vampira había vuelto a casa- pero la que él había roto hace unas horas seguía sin cristal.

Sabía que colarse en casa ajena no está bien visto, pero era su amiga y temía por ella, así que no dudó en entrar.

Todo seguía en su sitio; la cama igual de revuelta, el montón de manzanas en su cesto y las paredes cubiertas por

los extraños dibujos a plumilla de la vampira. De cualquier modo, Grimo sabía que algo no iba bien. ¿Dónde podía estar Edile? ¡A plena luz del día! A menudo bajaba al pueblo o iba a visitarle. Se cubría bien la piel con una de sus capuchas y se resguardaba bajo uno de sus paraguas con puntillas, pero aquel no era un «Día de los mercantes». Su antiguo hogar se había despeñado sobre el pueblo y ella lo sabía, había visitado las ruinas. Algo estaba sucediendo y Grimo tenía miedo. Castañojo se hizo una bola, parecía un erizo de mar protegiéndose de todo cuanto había a su alrededor.

Mientras tanto, Sebasthian acompañó a la bruja hasta su roble.

-Me da miedo abrir la puerta -dijo Komori-. ¿Y si se cae una de las paredes?

-No tengas miedo, el temblor ya ha pasado -le tranquilizó el niño-calabaza-. Seguro que todo está patas arriba, pero entre los dos podremos recogerlo.

-Tienes razón, pero estoy deseando echarme y dormir un rato.

-Pues tendremos que aguantar un poco más, no puedes dormir envuelta en polvo -rió Sebasthian.

Komori obró con cuidado, como si esa fuera la primera vez que entraba en su casa-árbol. La puerta se abrió lentamente haciendo chirriar las bisagras y, una vez dentro, los rayos de luz que se colaban por las ventanas iluminaron el polvo que flotaba en el aire. Cientos de pilas de libros forraban el suelo y algunas de las velas se habían derretido en lugares poco apropiados, como un trozo de queso o uno de los alambiques de la bruja.

-Bueno, no está tan mal, ¿no? -Dijo Sebasthian con optimismo.

La niña bajó las escaleras esperando hallar el caos en su pequeño laboratorio, pero lo que encontró era algo mucho más terrible: su laboratorio, tal y como lo conocía, ya no estaba.

-¡Eh! Pero... ¿qué es esto?

-¡Guau! ¡Es increíble! –Exclamó el chico-calabaza.

-Sí, pero... ¿por qué mi laboratorio es ahora cuatro veces más grande? ¿Y esa forma en el suelo? ¡¿Y esa puerta?!

Komori se mostraba desconcertada a la vez que agradecida. Su roble parecía haber crecido para regalarle un laboratorio mucho más completo. Los libros seguían esparcidos sobre las alfombras, pero en las estanterías habían aparecido cientos de nuevos volúmenes y pergaminos. Las paredes alojaban mapas y en el suelo se hallaba pintada una gran rosa de los vientos.

La niña bajó las escaleras para contemplarlo de cerca.

-Mi escritorio es un poco más grande y... ¡mi herbario! ¿Dónde está mi herbario?

La puerta que antes conducía a su pequeño herbario ahora llevaba hasta un corto pasillo con dos puertas enfrentadas. La primera daba la entrada a una gran fresquera que, como una cámara frigorífica, conservaría toda la colección de hierbas y potingues de la bruja. La segunda puerta se mostraba tan iluminada tras el cristal de colores que abrirla sin cerrar los ojos resultaba complicado. Dentro, había aparecido un inusual invernadero, lleno de macetas, cajones de tierra y herramientas para el cultivo.

-Esto es... increíble.

-Y que lo digas, mi casa nunca ha crecido –apuntó Sebastian.

-Me refiero a que... ¡No tenía ni idea de que esto sucedería!

-Bueno, alégrate por ello. ¿Es un árbol mágico, no?

-La semilla me la dio mi abuela, supongo que por eso quería que viviera aquí.

Komori y el chico-calabaza siguieron explorando la casa durante unos minutos. Descubrieron que el dormitorio de la bruja también había sufrido algunos cambios. Ahora se había abierto una pequeña ventana en el techo inclinado de su habitación, así que ya no sería necesario salir al balcón para observar las estrellas. En conjunto, todo el roble había cambiado, aunque no su apariencia externa, en realidad, por fuera había crecido más bien poco. Sobre todo se había extendido hacia abajo, aprovechando el terreno en el que estaba plantado.

Komori y Sebasthian recogieron parte de los libros caídos y se pusieron a limpiar el roble. Al cabo de un par de horas, la niña no pudo luchar más contra el cansancio y se quedó dormida sobre uno de los cojines de la nueva «sala para reflexionar».

La sala era un pequeño reservado que sobresalía del laboratorio en dirección hacia el mar de nubes. No tenía puertas, sólo se encontraba separada del lugar de estudio por unas finas cortinas de color vino. En su interior, el suelo de madera estaba recubierto de cojines y esteras, del techo colgaban velos y doseles de colores y la pared que la separaba del exterior era de cristal, tan sólo adornada con un par de dibujos en la vidriera.

Aquella estancia invitaba al descanso y la reflexión. Daba la sensación de que uno podía sentarse sobre una de las almohadas y observar el majestuoso mar de nubes infinitas durante horas, poniendo la mente en blanco o cavilando sobre problemas sin aparente solución.

Sebasthian entró en la sala y descubrió a Komori

descansando plácidamente entre los doseles. Al chico-calabaza le pareció una imagen de lo más bella; su amada bruja del pelo violeta dormida frente al cielo cubierto de nubes. Aquello era como estar en el paraíso, un lugar en el que todo era posible, en el que sólo estaban ellos dos.

Se acercó a la niña y le acarició la cabeza. El pelo le tapaba la cara y quiso peinarla con cuidado. El chico-calabaza esbozó una sonrisa extraña, como la de un enamorado que debe mantenerlo en secreto. No dejaba de preguntarse qué había ocurrido entre ellos dos durante los últimos seis meses. El beso tras su resurrección era lo mejor que le había ocurrido en la vida y no entendía por qué ahora la niña se había vuelto tan esquiva, por qué, de golpe y porrazo, trataba de evitar el tema. Siempre encontraba una buena excusa para no estar con él, le evitaba, ignorando todo lo que habían pasado juntos. Pensó que quizá aquella fuera una segunda oportunidad, aquel desastre les había reunido de nuevo y tenía que aprovechar la ocasión para no volverse a apartar de ella. «Te he echado de menos», susurró. La necesitaba cerca.

Sebastian se sentó a su lado y observó la calma del cielo a través del ventanal. Le pareció ver la forma de un camino entre las nubes, la ruta que le llevaría hasta el lugar donde todo estaría en su sitio. El chico-calabaza no aguantó mucho más despierto y se unió a la bruja en sus dulces sueños.

DAREL, EL OBSERVADOR



ZIGO SE HABÍA convertido en el niño-zorro más popular de Siloria. Siempre había querido llamar la atención, sentirse grande y admirado. Cuando volvieron de Këvlar, Komori y Sebastian pasaron varios días juntos; paseando entre las cascadas de Kira, relajándose, tratando de olvidar todo lo ocurrido. Así mismo, Grimo se encargó de que la princesa vampira fuera bien recibida en el pueblo, que no le faltara de nada y se recuperara de su encarcelamiento. Y Zigo, bueno, Zigo tuvo que apañárselas solo.

El zorro se convirtió en la cara visible de la gran aventura. Los niños del pueblo le admiraban por su valentía, las niñas suspiraban por él y las abuelas le hacían pasteles. El zorro se sentía mejor que bien, pero, con el tiempo, descubrió que todo eran palabras vacías, que la fama no le servía para mucho, que aún no se había convertido en el respetable héroe que siempre había querido ser.

Zigo intentó hablar con Haund Tesapround, el pirata loco del pueblo, pero no obtuvo respuesta. Quería pedirle el mapa por las buenas, así que pasó toda una mañana llamando a la puerta, pero el pirata sólo le contestaba disparándole sandías a cañonazos. El zorro incluso le

escribió una nota que pasó varias veces por debajo de la puerta y que el pirata le rechazó cada vez. Después trató de colarla por una ventana, pero Haund se la devolvió hecha una bola, apuntando bien a su cabeza. Perdida la paciencia, Zigo se convenció de que tendría que recurrir a otro tipo de métodos.

Algunos de los niños del pueblo le seguían pidiendo que relatara la historia del rescate de la princesa vampira en el terrorífico castillo de Këvlar. El zorro a menudo añadía pequeños detalles para hacer la historia más interesante o divertida, y los niños lo sabían, pero ambas partes seguían disfrutando con el relato. Uno de esos niños era el pequeño Darel, «el observador». Le llamaban así porque era muy reservado, apenas hablaba y siempre miraba con unos grandes ojos color miel que parecían dos grandes soles. Zigo sabía que Darel era la única persona del pueblo con la que el pirata hablaba de vez en cuando.

Haund Tesapround había perdido la cabeza, se dedicaba al cultivo de sandías y se relacionaba lo justo con el resto del pueblo, era un tipo verdaderamente extraño. Pero por algún motivo le gustaba Darel, y a Darel le gustaba él. Eran casi como abuelo y nieto. En realidad, Darel nunca decía nada, sólo se sentaba en la cubierta del barco y escuchaba una y otra vez los relatos del pirata. Haund siempre le invitaba a comer sandía e incluso una vez le enseñó su cámara del tesoro. O eso le habían dicho al zorro.

Zigo estaba seguro de que si ese mapa era tan valioso, el pirata lo guardaría en su cámara del tesoro, así que no lo dudó un instante y fue a buscar a Darel. Le iba a deslumbrar una vez más con su relato y después le pediría que le dibujara un mapa del interior del barco. Que le mostrara dónde estaba esa valiosa cámara.

Por supuesto, su plan funcionó. A Zigo por fin le había servido de algo ser popular. El pequeño Darel le admiraba... y eso al zorro le encantaba.

Komori despertó. Había tenido un sueño corto pero placentero, se encontraba descansada y extrañamente calmada. Se puso en pie y observó a Sebastian dormido sobre los cojines de la sala. Le miró como a algo que deseas pero sabes que no puedes alcanzar. Lo que sentía por Sebastian estaba prohibido, no podía acercarse a él, no podía correr riesgos. Ya le hicieron daño una vez y no quería perderlo para siempre. Había aprendido la lección.

La bruja se acercó al ventanal y observó durante unos minutos el increíble mar de nubes. Desde su posición privilegiada, el mar parecía nacer unos pasos más allá de sus pies, extendiéndose hacia un horizonte infinito sembrado de algodón.

En más de una ocasión le pareció distinguir la silueta de un extraño ser de lomo alargado. Quizá una serpiente, un dragón, o una anguila voladora. No tenía ni idea de qué tipo de animal podría ser, pero su sombra serpenteaba partiendo las nubes en pequeños pedacitos, esquivando los rayos de sol que se filtraban entre los cúmulos menos densos. La bruja escuchó un estornudo, Sebastian se había despertado.

-¡Vaya! Me he quedado dormido, ¿cuánto tiempo ha pasado?

-No mucho. No te preocupes, terminaré de ordenar la casa yo sola –dijo Komori.

-En realidad no tengo nada mejor que hacer –respondió Sebastian.

Edile se había adentrado en lo más profundo del bosque

para encontrar un lugar perdido, abandonado por los rayos de luz, los animales y la vida. La vampira buscaba ese sitio donde sólo los insectos más extraños querrían vivir. Un pedazo de tierra abrupta y tan sólo poblada por hierbajos, hongos y colmenas podridas.

Desenvolvió la espada eléctrica de su padre y la puso en el suelo con cuidado. «Demasiado cuidado», pensó. La princesa vampira se mordió el labio, dudando, tratando de averiguar qué significaba ese nudo en el estómago. Acarició la espada leyendo la inscripción en el idioma de los vampiros: «Legado de familia». La palabra «familia» salió de sus labios casi como un suspiro, más bien como un sollozo. Cerró los ojos, apretó los puños e infló sus pulmones con valentía. Había llegado muy lejos y ahora no podía echarse atrás.

La vampira empezó a cavar con sus dedos huesudos como si en ello le fuera la vida. Entre la tierra negra y sucia surgían los cadáveres de pequeños roedores devorados por insectos, entre sus dedos se colaron lombrices que parecían advertirle que incluso bajo ese montón de tierra maloliente la espada eléctrica podría sobrevivir al igual que un gusano.

Edile cavó un hoyo lo suficientemente profundo como para no poder ser desenterrado por casualidad. Luego introdujo la espada y devolvió toda la tierra sucia al agujero, ocultándolo después con ramas secas y naturaleza muerta.

La princesa vampira por fin se había deshecho de la espada que la estaba volviendo loca, la misma que hirió a su mejor amiga, que acabó con la vida de Sebasthian y que tanto daño había inflingido por los siglos de los siglos. Estaba segura de que su legado no era mantener ese arma devastadora al alcance de nadie y, puesto que Komori ya había intentado destruirla anteriormente, pensó que debía hacer lo que se hacía con los muertos: enterrarla para siempre para que las

bacterias la descompusieran y con ella también su maléfica esencia.

Grimo había ayudado al bibliotecario a reorganizar los libros desperdigados por el suelo. En la biblioteca en forma de caracol solía respirarse un ambiente tranquilo, era un lugar de lectura y reflexión, así que al chico-desarticulable tuvo tiempo de pensar en su relación con Edile.

Desde que la rescataron, Grimo había tratado de ser atento con ella. Sabía que no podía ocultar durante más tiempo sus sentimientos, que a Edile no se le escapaba el hecho de que estaba demasiado interesado en su comodidad. La princesa vampira le trataba con educación, los dos se habían convertido en grandes amigos, pero el chico-desarticulable sabía que Edile no le miraba con deseo; quizá lo hacía con cariño, pero nada más. Seguramente, le trataba como a un hermano pequeño, como a un vecino entrañable, ¡o a una mascota! Grimo no quería ser la mascota de nadie, quería estar a su lado, quería protegerla... quería sentirla entre sus brazos, abrazarla, besarla, sentir la piel fría de sus mejillas.

La princesa vampira aparentaba tener un par de años más que Grimo, él aún era un niño loco y despistado, ella ya parecía casi una mujer. Él quería crecer, quería enamorarla con su mirada irisada, con sus músculos, con sus...

-Bien, gracias por tu ayuda. Si quieres ya puedes irte a casa –dijo el bibliotecario con una gran sonrisa.

-¿Qué?

-Ya está. No te preocupes, yo me encargo del pequeño montón que queda.

-¡Ah!, claro. Jejeje, lo siento... yo... -trató de disculparse Grimo.

-Estabas soñando despierto, ¿eh? En este lugar es sencillo

dejarse llevar por los pensamientos. La calma, la luz baja, el olor del papel y la tinta... a veces paso el día entero imaginando y soñando.

-Sí, claro... tienes razón. Jejeje.

-Gracias Grimo, sin ti habría tardado días en recuperar el orden.

El chico-desarticulable le ofreció una sonrisa de oreja a oreja y abrió los ojos como el que despierta aturdido de un sueño demasiado real.

Después de comer, el grupo se reunió en el roble de la bruja. En el nuevo laboratorio no era difícil extender un par de alfombras y hablar durante horas sobre cómo entrar en el barco pirata de Haund.

Zigo desplegó el mapa que Darel había improvisado con sus lápices de colores. No era gran cosa, de hecho, a menudo unas líneas se confundían con otras, lo que era un pasillo parecía una longaniza y los camarotes eran cuadrados deformes donde, con mucha imaginación, se podía llegar a intuir un par de camas y un brasero.

No era el mejor mapa del mundo, pero era más de lo que necesitaban. No podían entrar por las buenas, así que tenían que colarse.

-¿Estáis seguros de que es lo correcto? –Dijo Grimo.

-Estamos seguros de que NO es en absoluto correcto, pero no nos queda otra alternativa –respondió con firmeza el zorro.

-El Mapa de Vesperde está en esa cámara y sin el mapa no podemos buscar el Sauce del Adiós –explicó Komori-. No es un capricho, Siloria está en peligro y ese mapa puede llevarnos al único lugar donde encontrar respuestas.

-Visto así... quizá no sea tan malo robarlo, ¿no? –Pensó

en voz alta el chico-desarticulable.

-No, no lo robaremos –puntualizó la bruja.

-¿Entonces? ¿Cómo lo haremos? ¿Entraremos en la cámara y después lo pediremos por favor?

-Ya hemos intentado pedirlo por favor y Haund no ha querido escucharnos. Entraremos en la cámara y lo copiaremos.

-Pero, ¿cómo vamos a copiarlo? ¡No sabemos cómo es! –se preocupó Sebasthian-. ¿Y si en vez de un mapa es un atlas entero? ¿Y si está lleno de detalles?

-Nos arriesgaremos.

Ninguno estaba seguro de que aquello saldría bien, ni siquiera tenían claro si les resultaría fácil encontrar la cámara, pero habían pasado por cosas peores y ahora no podían acobardarse.

-Al anochecer nos reuniremos en el huerto de sandías de Haund, detrás el barco –dijo la bruja-. Cuando veamos apagada la última luz del galeón, entraremos.

-¿Nos colaremos en su barco mientras duerme? –Dijo sorprendido Sebasthian.

-No tenemos otra alternativa. Haund no parece peligroso, pero no podemos correr riesgos.

-¡¿Que no parece peligroso?! –Se escandalizó Zigo- ¡DISPARA SANDÍAS! ¿Sabes la de cañonazos que he tenido que esquivar?

-Sí, pero no creo que pueda disparar sandías hacia dentro.

-En eso tiene razón –dijo Grimo.

-Ya, pero... -Siguió dudando el rozo.

-Está claro que no es un plan perfecto –interrumpió la bruja-. Pero no tenemos otro, sabemos dónde está el mapa y no podemos perder más tiempo. Vamos... ¿qué puede pasar? Después de todo lo que vivimos rescatando a Edile

esto es casi como un juego.

Se hizo el silencio, todos callaron y poco después asintieron. Komori tenía razón, no tenían por qué preocuparse, ¡sólo era un pirata loco!

El sol empezó a ocultarse tras las montañas. Edile había vuelto a su caseta en el bosque, sabía que había hecho lo correcto, pero desde que enterró la espada de su padre su corazón no había dejado de latir a ritmo acelerado, sentía las venas de sus sienes palpitando con fuerza, el vello de todo su cuerpo se había erizado y sus músculos permanecían tensos. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué le había sido tan difícil deshacerse de una espada a la que no tenía en absoluto ningún aprecio y que tanto daño había hecho? Quizá fuera esa palabra, esas malévolas siete letras que no dejaban de rebotar en su cabeza: «familia».

La familia de Edile era muy longeva y numerosa. Sus padres habían tenido más hijos, pero todos ellos habían muerto en diversas batallas o desaparecido misteriosamente. La princesa vampira pertenecía a una estirpe de sangre azul que se remontaba a los inicios del Mundo de Zoa, cuando los Señores de la Noche aún eran llamados «Los Aquios», su nombre original. De alguna forma, sentía que su familia había llegado a su fin, que sólo quedaba ella. Nunca más volvería a tener un padre, ni una madre. Jamás volvería a sentir sus reproches ni su mirada decepcionada. El legado al que hacía referencia la espada eléctrica perecería de la misma forma que lo harían los Këvlar.

Aquella era una noche especialmente clara, el cielo estaba despejado, las estrellas brillaban en el firmamento con más fuerza que nunca y aunque el calor era molesto, a Komori y

sus amigos nos les importaba demasiado, ya que esa noche no pensaban dormir. Tenían algo mucho mejor que hacer: colarse en el barco pirata de Haund Tesapround.

Los cuatro amigos se encontraban ya en el huerto, ocultos tras un gran montón de sandías recién recogidas. Grimo vigilaba con cuidado los pasos del pirata, quien había pasado la última hora cargando los cañones de babor y en breve se dispondría a dormir en su camarote. Darel «el observador» le había explicado a Zigo la rutina del pirata. Una de las ventanas de la habitación del pequeño, al otro lado de la calle, daba a la proa del barco, así que cuando se aburría, antes de irse a dormir, siempre le observaba a través de su telescopio.

-¡Luz apagada! –Anunció Grimo.

-¿Seguro?

-Sí, ha entrado en su camarote y ha apagado la luz.

-Bien, pero no nos precipitemos, aún tardará en conciliar el sueño, ¿no? –razonó Sebasthian.

-Es posible... aunque Darel me dijo que Haund tiende a dormirse en cualquier parte –apuntó Zigo-. A menudo le está contando una historia y se duerme durante unos segundos. De la misma forma, a veces parece tranquilo y relajado... hasta que se pone a gritar y a dar saltos como un loco.

-Vaya... parece que tiene un carácter cambiante, ¿eh?

-¿Cómo puede haber sido pirata una persona así? ¿No se supone que los piratas son gente a las que no les tiembla el pulso? –Pensó Komori.

-Bueno, probablemente sea su estado de ánimo cambiante lo que la gente temía de él. Eso le convertía en alguien impredecible.

-Pero bueno... ¿alguien se ha parado a pensar que quizá

sólo sea un loco chiflado? –Reclamó el zorro-. ¡Lo más probable es que nunca fuera un pirata!

-¿Entonces qué hace aquí el barco?

-Y los cañones -apuntó Grimo.

-Pudo hacerse con uno, o tal vez un pirata de verdad se lo regaló.

-¿Y las historias que le cuenta a Darel, qué?

-Puede haberlas leído en la biblioteca, ¡o ser un mentiroso!

-¡Oye! ¿Pero qué te pasa con Haund? Está claro que está completamente loco, pero imagino que no siempre ha sido así –dijo el chico-desarticulable-. Además, ¿por qué iba a mentir?

-¿Qué me pasa? Pasa... ¡pasa que me ha estado disparando sandías durante toda la mañana! ¿Qué clase de pirata hace eso? –Refunfuñó el zorro.

-Sólo defendía su barco -razonó Grimo.

-¿De quién? ¿De un chico que llamaba a la puerta? –Se burló.

-¡Eh! ¡Vale ya! –Trató de calmar los ánimos la bruja-. Creo que ya se debe haber dormido, ¿entramos?

Sebastian observó a Komori tratando de imponer orden. La niña había dejado su sombrero en casa, llevaba el cabello recogido con una coleta, dejando caer un mechón de pelo rebelde sobre su cara. El chico-calabaza repasó su rostro en la penumbra y, por vez primera, percibió que la bruja estaba dejando de ser una niña. Ya tenía catorce años y medio, sus labios empezaban a perfilarse, su rostro seguía manteniendo cierto aire infantil, pero cada vez se hacía más evidente que estaba cambiando, que ya era una adolescente.

Sebastian despertó de su ensoñación y fue el primero en avanzar. Sorteó un par de rastrillos y se coló

silenciosamente en el muelle de madera al que estaba amarrado el barco.

-Debemos ir con cuidado o se despertará... además, Darel me ha hablado de Obu.

-¿Quién es Obu?

Grimo y Zigo siguieron al chico-calabaza, Komori tardó un poco más, ya que puso a buen resguardo al guerbo en uno de los bolsillos de su vestido y comprobó que Índigo no se hubiera quedado atrás.

-No está muy seguro... dice que por las noches ve una especie de sombra merodeando por la cubierta. A veces la friega a conciencia, otras recoge las velas... es como si Haund tuviera una especie de criado.

-Pero... eso es imposible. Haund vive aquí desde antes de que nació y siempre ha estado solo –dijo Sebasthian.

Avanzaron por el camino de tablones de madera. El muelle daba a un pequeño estanque en el que planeaban libélulas y croaba algún que otro sapo. Definitivamente, aquello no era lo mismo que estar en alta mar, pero era lo suficientemente profundo como para que el barco flotara.

-Un día, Darel preguntó a Haund sobre su «criado» – siguió el zorro- y el pirata sólo le dijo que se llamaba Obu y que no era su sirviente, que era su mascota.

-Pero las mascotas no friegan, ni se ocupan de las velas.

-Eso dijo él.

-¿Y qué le contestó Haund?

-Nada, cambió de tema sin más y nunca dejó que volviera a salir la conversación.

-Que extraño –pensó la bruja.

-Bueno, quizá sólo sea una invención de Darel. Ya sabes... no deja de ser un crío.

Los cuatro llegaron a la pasarela que les conduciría hasta

la puerta de embarque. No parecía muy segura, las tablas estaban carcomidas por las termitas y tenían un color verdusco bastante desagradable.

-¿Preparados? Una vez dentro ya no hay vuelta atrás – anunció el chico-calabaza.

Todos asintieron a la vez.

-¡Ah!, se me olvidaba. Os he traído algo... -dijo la bruja tratando de bajar su tono de voz.

La niña sacó de su zurrón una especie de algas empapadas.

-¿Algas? ¡Puaj! ¡Que asco!

-No te la tienes que comer Grimo.

-¿Entonces para qué son?

La niña cogió un puñado de algas y las apretó formando una bola del tamaño de una naranja. De repente, la bola empezó a brillar en la oscuridad, era una luz tenue, pero suficiente para guiar sus pasos.

-Sólo tenéis que apretarlas formando una bola, entonces las algas desprenderán una especie de líquidos que al mezclarse entre sí iluminarán vuestro camino.

-¿Por qué tu luz es azul? –Preguntó Zigo.

-Según la cantidad de líquido que salga de cada planta, la luz que irradia la bola de algas puede ser de un color u otro. Es impredecible. Habitualmente es azul o verde, pero a veces he visto luz naranja, rosa e incluso luz negra.

-¿Luz negra? ¿Eso es posible? –Dijo Sebasthian.

-Sí, bueno... en realidad no es luz. Le llaman «luz tragona».

-¡¿TE COME?!

-¡Shhh! Baja la voz, puede oírnos...

-No, jajaja. No te come. Son una especie de partículas que se alimentan de luz, o sea, que quita luz y genera sombra. Es algo complicado de explicar.

-Espero que no me toque una de esas o me daré un buen tropiezo.

-No te preocupes, no he incluido tanta cantidad de la planta que genera ese efecto. Podemos estar tranquilos.

WWW.ELMUNDODEKOMORI.COM